



ANTE EL OLIVO DE LA RÁBIDA

POR JOSE CORONEL URTECHO

La ceremonia que hemos visto ahora, aquí, en este lugar, aprovechada profundamente, ejercerá, esperamos, su poder fecundador, su influjo mágico sobre nosotros.

La ceremonia, su simbolismo inmemorial, el momento presente del mundo, el mismo día de hoy, 12 de octubre, cargado de reminiscencias, significaciones y profecías, y este lugar uno de los lugares de mayor fertilidad histórica de la tierra; todas estas cosas reunidas, concentran tanto las energías de la Historia que nos despiertan el impulso creador y nos proyectan hacia la empresa universal de nuestro futuro.

Aquí, en el suelo de La Rábida, se ha plantado el olivo de la paz, ahora que el mundo tiene el presentimiento de la guerra. Es un acto valiente, inspirado por la fe y la esperanza. Pero es difícil desoir las preguntas de la angustia presente: ¿Prosperará el olivo en este suelo? ¿Resistirá la tempestad que viene? ¿Quién guardará las semillas de la paz futura? Tenemos que responder con el mismo valor por la fe y la esperanza.

No obstante, si olvidamos por un momento esas preocupaciones y nos demoramos en ahondar lo que ahora aquí tenemos—con lo que le antecede y le sucede o pueda sucederle—, quizá encontremos más adelante una salida, un abra en la espesura que nos permita ver la ruta de nuestra empresa universal de paz.

Aquí, en La Rábida, consintió España, en su misión providencial de completar el mundo, de revelarle al mundo antiguo el Nuevo Mundo, y al Nuevo Mundo la tradición y la experiencia del antiguo. Aquí, dijo: «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según su palabra».

Hoy es 12 de octubre. Día de América. Día de América y de España. De la comunidad hispánica del mundo. Hoy los ojos maravillados de los marinos españoles vieron la tierra americana.

Pero hoy surgió también, como un fantasma, el mito del futuro, el llamamiento irresistible del futuro, que nadie sabe lo que encierra, pero que desde entonces sacude al mundo como en un paroxismo, enloqueciendo, rompiéndole en pedazos, estrujando a los unos contra los otros, hasta exprimirlo como una fruta en la mano de un dios enfurecido, para que suelte, al fin, el jugo de su plena conciencia universal.

Grandes pueblos modernos, desvinculados de la unidad tradicional católica, que recogía y armonizaba lo mejor de la cultura, de la prudencia y de la experiencia humana, o ena-

12 de octubre de 1948. En La Rábida. En el mismo paisaje que acunó los sueños de los navegantes, las vísperas del viaje aventurero. En el mismo suelo que pisaron los descubridores, al ir. En La Rábida, el 12 de octubre de 1948, se plantó el olivo de la paz. S. E. el Jefe del Estado español echó la primera tierra sobre las raíces. Una tierra jugosa —múltiple y una—, que fué traída por las misiones especiales de distintos países hispanoamericanos. Están presentes ministros, autoridades y representantes de España y de las naciones americanas... Y Cristóbal Colón, duque de Veragua, descendiente del almirante descubridor. Durante el acto, el ilustre escritor y poeta nicaragüense don José Coronel Urtecho, en nombre de los institutos de Cultura Hispánica de América, pronunció el magistral discurso, que por cuanto tiene de acabada y perfecta síntesis del pensamiento hispánico, nos honramos en reproducir.



jenando particularismos esterilizadores, han corrido, desatados en mortales carreras de competencia, tras los fantasmas míticos de lo futuro. Hoy los vemos caídos y agotados, en extrema fatiga, incapaces de alcanzar por sí mismos el día de mañana. Es que cortaron o empobrecieron el pasado para correr tras el futuro, olvidando que el futuro es el hijo cotidiano del pasado. Había, ciertamente, sigue habiendo cosas caducas, instituciones rancias que abandonar o transformar, y había, y gracias a Dios sigue habiendo, nuevos continentes y contenidos que incorporar, mundos ocultos que descubrir o crear, infinito quehacer; pero la corriente central de la tradición europea, grecorromana y católica, es lo más vivo y lo más rico de la humanidad, y todo pueblo que la corta se condena a sí mismo a la barbarie. Importa, pues, la fidelidad, que es la perseverancia de la fe, madre de la esperanza. Y ésta ha sido la tarea de España, después de cumplida su misión de descubrir y de crear el Nuevo Mundo, después de haber transplantado a América su alma, su carne, su sangre y su fidelidad, conservarla ella aquí, en Europa, firme, inquebrantable, hasta inflexible acaso, eternamente resistente, como contra los moros, contra los cristianos y los falsos cristianos, completamente sola, abandonada de sus hermanas, de sus hijas, inmortalmente fiel, esperando... ¿Qué espera España? ¿Esperará la hora de la esperanza, la hora de la aurora verdadera, en que después de estas tinieblas de ahora, brille sobre toda la tierra la realidad de su fe?

Yo hablo aquí, señores, comisionado por el Instituto de Cultura Hispánica, como un americano. Cuando un americano es solamente americano, si esto es posible —no siendo ya posible ser un auténtico azteca de Tenochtitlán, un viejo inca de Machu Pichu, un antiguo maya de Chichón Itzá—, ese americano casi no es hombre, es un ente vacío, banal, superficial, gregario, efímero, esclavo de las cosas materiales, una criatura creada por los objetos que le rodean, tal como la describen los mejores escritores de Norteamérica. Nuestra lucha inmediata, habitual, imposter-gable en América consiste en defender la riqueza de la vida y la profundidad del hombre. Porque todo hombre, para serlo de veras ha menester vivir conscientemente, tener una conciencia viva de la riqueza vital y cultural de su tradición. Y así como hay una manera fiel de ser tradicionalmente europeo, que es ser español, hay también una manera tradicionalmente rica y profunda de ser americano, y es la manera hispana. Esta es la que a nosotros hispanoamericanos, hoy nos concier-

ne. Ser, seguir siendo una continuidad en marcha. Nutridos siempre de la savia de España, extraída del más profundo suelo de la vida europea, avanzaremos sin detenernos ni extraviarnos en el futuro inmenso que nos espera. Conservaremos viva la conciencia de ser nosotros con España, con lo eterno de Europa, la levadura de la unidad y de la paz del mundo.

Referiré, permítmelo, una pequeña historia sobre nosotros. Empezó algún tiempo antes que la guerra de España, y hay que hablar de esta guerra. Lo primero que el mundo sintió en ella fué que España estaba viva, que era una cosa viva, una cosa poderosa, palpitante, real, inmensamente valiosa para el mundo, por la que los hombres se dividían y luchaban entre sí, por la que muchos estaban dispuestos a morir. No hay que ver esto fríamente, como una lucha de principios abstractos. Era una lucha de principios vivos, de ideales encarnados, y sucedía en España. Todos sentíamos entonces que España era un órgano primordial de la humanidad, que era probablemente el corazón del mundo. Mucho significó esa guerra para el hombre moderno; pero de aquel vivero de significaciones sólo dos importa ahora recoger. Era una guerra de salud, de curación espontánea, una reacción del cuerpo para sanar y continuar viviendo. «¡Viva España!», se oía dondequiera que se oye el español. Y era, además, como la conquista de América, que produjo tres siglos de paz, en que crecieron y se formaron las naciones hispanoamericanas, una guerra que traía en su seno la paz, que es la tranquilidad de la vida profunda. Porque hay guerras que engendran guerras, y guerras que cimentan la paz.

La breve historia nuestra, decía, comenzó algún tiempo antes de la guerra de España. Hace veinte años empezaron a aparecer en las Repúblicas de Hispanoamérica, muchas veces en ciudades remotas, aisladas y silenciosas, grupos de jóvenes que descubrían su ser auténtico, la raíz que los vinculaba con su suelo y su pueblo en las profundidades de su ser hispano. Ibamos descubriendo solos la Hispanidad. Esos jóvenes venían de la poesía, de las artes, de la universidad, de la aventura, muchas veces del bar como decía José Antonio, algunas veces de la política. Todos venían de la vida y buscaban una vida más llena, más honda, más amplia, más creadora. Querían, como dice el Evangelio, tener vida y tenerla más abundante. Encontraban a su pueblo en los orígenes de su pueblo, en los principios y las ideas que originaron la manera de ser, de comprender y de sentir, la manera de vivir todo lo que florece en las costumbres y tradiciones de su pueblo.

Ese camino conducía a la Hispanidad. Nosotros no abarcamos ni pretendemos abarcar las posibilidades ilimitadas de semejante realidad. Pocas cosas sabemos, pero importantes. Sabemos que esto tiene un sentido religioso; por lo tanto, tradicional; por lo mismo, católico. Sabemos que nuestra herencia cultural es la más rica de la tierra, que sus cimientos han resistido todas las conmociones de los tiempos y que es capaz de asimilar todo lo humano y darle vida, sentido, trascendencia y unidad. Sabemos, además, que somos hombres, que descubrimos lugares desconocidos, tierras ignoradas, selvas impenetrables, que incorporamos a nuestra raza y nuestro espíritu a los más bravos y misteriosos pueblos primitivos y que cuando la aventura de la verdad nos invitaba, fuimos capaces de lo inconcebible. Sabemos, en fin, que todo esto debe ser defendido de las veleidades pasajeras, guardado y transmitido al mundo de mañana, y por eso queremos una política segura y estable, tradicional y revolucionaria: la política de la inteligencia, de la memoria y del corazón.

Los grupos jóvenes que redescubrieron estas fecundas evidencias casi olvidadas han visto sin sorpresa, pero con alegría, que en toda la América española y en España sus pensamientos estaban floreciendo de manera espontánea, como las flores en la primavera. Se han dado cuenta, entonces, de que podemos recuperar, entre las ricas diferencias que nos distinguen, nuestra unidad. Han proclamado que esta unidad, mal entendida únicamente por la mala intención, no es otra cosa que una pacífica comunidad de pueblos libres, identificados por su origen, por su fe religiosa, por su lengua y su cultura, por su manera de ser y de sentir, por la capacidad que tiene de darle intensidad a la vida del hombre y, finalmente, por el destino común que nos guarda el futuro.

Hay ahora en España muchos representantes de esos grupos auténticos. Todos están de acuerdo, apasionadamente, en las cuestiones fundamentales. En nombre de ellos saludo a España y a su Caudillo, Generalísimo Francisco Franco. En su prudente mano ha colocado la Providencia el timón de la nave capitana de la Hispanidad, para surcar otra vez mares incógnitos y procelosos. Pero hoy sabemos que no es un viaje sin retorno. Hay una América española y una España americana para el eterno ir y venir de las naves hispánicas. Ellas tendrán que descubrir en el futuro el nuevo continente de la paz.

La guerra del mundo moderno no es propiamente nuestra guerra. La guerra nuestra de todos los días es una guerra que se pelea con la espada del espíritu y el escudo del alma. La de las letanías de Rubén Darío a nuestro señor Don Quijote «con la adarga al brazo, toda fantasía, y la lanza en ristre, toda corazón».

La guerra moderna es por la posesión más o menos precaria y por la distribución más o menos injusta de los bienes meramente materiales, de las cosas que se venden y se compran, a veces necesarias, a veces cómodas, pero incapaces de satisfacer las aspiraciones más profundas del ser humano: aquellas necesidades por las que precisamente el hombre es hombre.

Esta guerra moderna, a mi entender, la ganará la técnica. Pero, ¿qué puede en definitiva, hacer la técnica para llenar de paz el corazón del hombre? Ya describí al principio al hombre americano que vive de la técnica. Era aquel ser vacío, banal, superficial, gregario, efímero, esclavo de las cosas materiales. Cuando la técnica, si llega a libertarlo, liberte al hombre de la antigua servidumbre del trabajo, nos encontraremos con este ser tan poco humano, con el muñeco «Babbit», un mezuquino Quijote enloquecido con los libros de cuentas. Nos encontraremos con el paraíso que anuncian los científicos aficionados a las predicciones: el paraíso técnico que el mismo Bertrand Russel, después de describirlo, dice que es un infierno. Los hombres del mundo odiarán seguramente esa vida infrahumana. Querrán tener vida y tenerla más abundante.

¿Qué hombres, qué pueblos, conservarán entonces la densidad de vida necesaria para mostrarle a los demás que la vida todavía vale la pena de ser vivida? ¿Quién conservará para el hombre de mañana—como algo vivo—el capital religioso, cultural y vital del pasado? ¿Quién podrá enriquecerlo y desarrollarlo? ¿Quién podrá asimilar, dar un sentido humano, un contenido humano a los descubrimientos y las aplicaciones de la técnica?

A juzgar por los signos del tiempo, como antes la misión del descubrimiento y formación del Nuevo Mundo, esta nueva misión parece destinada a los pueblos que integran nuestra comunidad hispánica. La principal batalla de esta conquista espiritual del Mundo Nuevo se librará, parece inevitable, allá en América. Allá tendrán su duelo «Babbit» y Don Quijote.

Vano es sin duda, tratar de penetrar por los umbrales de la profecía. Y, sin embargo, los pueblos necesitan una estrella que los guíe en la noche del futuro. Como las caravanas de los Reyes Magos, que los simbolizaban, no se perdieron en el desierto, los viejos pueblos que formaron Europa no se perdieron en la hecatombe del mundo antiguo porque la estrella de Belén los conducía. ¿Qué son esas estrellas conductoras de pueblos? Son las apasionadas y refulgentes concreciones de la luz, los centros palpitantes del resplandor de la verdad que trazan en el cielo de la Historia la ruta del destino universal.

De los nublados cielos de nuestro tiempo han desaparecido esas estrellas. Únicamente en lo más alto, adonde hay que alzar mucho los ojos para mirarla, refulge solitaria, pura como un diamante, la estrella hispánica. Se diría una nueva Epifanía de la estrella de Belén, una nueva esperanza de salvación humana por la estrella de España. Que ella nos guíe y que nosotros, hombres de España y de América, por la España de España y la España de América, por todas las Españas inmortales de la tierra, por la comunidad hispánica de pueblos libres que formamos, ahora, aquí, en la Rábida, junto al pequeño y débil olivo de la paz recién plantado, con el recuerdo de Cristóbal Colón y fray Juan de Marchena, de Isabel la Católica y de los marinos españoles aquí representados por sus descendientes, ante el Caudillo de la España maternal, nos sintamos irrecusablemente llamados a seguir esa estrella hacia la nueva empresa, hacia la maravillosa aventura de nuestro común destino universal.

Los marinos hispanoamericanos que asistieron a las fiestas del VII Centenario de la Marina de Castilla, departieron fraternalmente, con las simpáticas muchachas andaluzas. En estas fotografías recogemos tres momentos de la estancia de los citados marinos en la ciudad de Sevilla.

